

EL DESAFÍO DE LA VICENTA

Sainete

PERSONAS

ORTEGA.	MUÑOZ.
TIBURCIO.	HERMOSILLA.
CISNEROS.	RODRIGO.
IBÁÑEZ.	FERMÍN.
VALDIVIA.	MANUELA.
VICENTA.	

(Salón. Sale TIBURCIO con el peinador puesto, y un espejo en la mano)

TIBURCIO. El diablo del peluquero ha tardado una hora larga en peinarme. ¡Qué brutazo!
(La orquesta hace como que templa.)
Mas la orquesta... ¡Virgen santa!, y yo no tengo espadín para salir. ¡Oh, qué rabia!
¡Cisneros!

CISNEROS. (Saliendo.) ¿Qué quieres, hombre?

TIBURCIO. Préstame, por Dios, tu espada.

CISNEROS. Y yo ¿qué me he de poner?

TIBURCIO. Pídelas a Flores prestada; pues a bien que no haces Rey ni persona de importancia.

CISNEROS. Hijito mío; yo a nadie quiero prestar mis alhajas.

ORTEGA. (Saliendo.) Señor Tiburcio, ¿es posible que se ha de vestir la dama primero que usted? ¿No mira que ya templan?

TIBURCIO. Si me falta un espadín...

ORTEGA. ¿Y el de usted?

TIBURCIO. Se le ha perdido la vaina.

ORTEGA. Usted es un descuidado.

TIBURCIO. ¿Y quién lo mete a usted en danza?

ORTEGA. Me meto porque yo soy el sotautor; y mañana he de hacer que le cercenen el diario.

CISNEROS. ¡Que se pasa
el tiempo!

TIBURCIO. ¡Que me sucedan
a mí estos chascos! ¡Gualdrapa!
(*Éntrase gritando.*)

ORTEGA. Yo haré que el telón levanten;
y, después, caiga el que caiga.

(*Vanse; y sale la VICENTA mirando a todas partes*)

VICENTA. Sola está la escena; y todos
se enjalbegan y acicalan
para empezar la comedia.
¡Furores míos; al arma!
¿Es posible que sin mí
se hagan funciones? ¡Qué rabia!
¡Así se exceptúa el garbo,
las agudezas, la gracia
de una bufa! Aqueste nombre
es propio a mis circunstancias,
pues no puede pronunciarse
sin un salpicón de babas.
¡Muerdo de pena! ¡Ah tiranos
compañeros, alimañas,
cocodrilos, hipopótamos,
esfinges, tigres hircanas;
vosotros me pagaréis
este desprecio, y mi saña
sabrà hacer comiquicidios
en vuestras fieras entrañas!
Mas, ¡cielos!, ¿qué es lo que miro?
Junto al agujero (¡ay ansias!)
tine ya el apuntador
la comedia. Pues ¿qué aguarda
mi furor, que no la rompe
y en más tiras no la rasga
que presumidas y tontas
hay desde Cádiz a Albania?
¡Ah tiranos! Ya veréis
que una mujer irritada
es peor que el basilisco;
pues si, aun cuando nos halagan,
damos, como el alacrán,
con la cola la picada,
¿qué será cuando, ofendidas,
queramos tomar venganza?

Esto ha de ser. Hoy, agüemos
la función. ¡Manos, al arma!
¡Muera la comedia, y rabien
los ingratos que me agravian!
Letras viles, caed a tierra (*La rompe.*)
como racimos de pasas.
Tened sepulcro debajo (*Pisa los pedazos.*)
de mis tacones, ¡villanas!;
y el baboso apuntador
escriba en papel de estraza
el epitafio, que diga:
«Aquí la comedia acaba
a las manos de Vicenta,
entre cuyas fieras garras
ni aun para echar un cigarro
ha quedado tira sana.»
Eso sí; bufen, revienten,
y sean de mi venganza
testigos, palcos, cazuelas
y luneta, mientras trata
mi enojo de hacer en ellos
la más horrible matanza. (*Vase.*)

IBÁÑEZ. (*Saliendo.*) Adiós, Vicentita. ¡Hola!
¿Por qué va tan colorada?
¿Si habrá reñido con alguien?
Pero ¿qué veo? Las tablas
están llenas de papeles.
¿Serán, sin duda, las cartas
del novio? Curiosidad
me pica; quiero juntarlas.
Sed, tablas, lámina verde
donde leyéndolas vaya.
Aquí dice, pues: «Comedia»;
aquí, «famosa». ¡Zarazas!
Aquí dice... ¿Cómo es esto?
¿No es la función ensayada
para hoy? ¡Ah!, ¡ah! Chuscona,
que la ha rasgado de rabia.
Daré cuenta al sotautor
para que castigue tanta
demasía ¡Sotautor!
¡Compañeros! ¡Ah muchachas!
Hoy no hay comedia.

TODOS. (*Saliendo.*) ¿Qué es esto?

IBÁÑEZ. Que la Vicenta, irritada,
sin duda porque no tiene

- papel, ha roto de rabia
la comedia.
- TIBURCIO. Ya no tengo
que buscar por hoy espada.
- CISNEROS. Voime un ratito al billar.
- VALDIVIA. A pie me voy a mi casa.
- ORTEGA. Señores, ténganse todos.
¿Así me dejan en tanta
aflicción, cuando ya están
encendidas las arañas,
y la legión cazuelesca
ha empezado a dar palmadas?
- TODOS. ¿Qué hemos de hacer?
- ORTEGA. ¡Qué sé yo;
pues tengo un horno en la calva
de tanto pensar!... ¿Qué haré?
Dadme un consejo, muchachas,
- VALDIVIA. Mire usted; salga usted a echar
todo el rimerero de octavas
que ha dicho en los besamanos
y daré una miscelánea.
- ORTEGA. ¡Ah caribe! ¿Así te burlas?
- IBÁÑEZ. Que por Hermosilla vayan,
y hará la comedia de
La brevedad sin substancia.
- ORTEGA. No os moféis de mi pesar
cuando doy las boqueadas.
¿Qué he de hacer?
- TIBURCIO. Cobrar aliento.
¿Ese corazón desmaya?
Cuenta a público tan pío
lo que ha pasado; y su gracia
impetrando, procuremos
servirle con lo que haya
más a mano.
- TODOS. Dice bien.
- ORTEGA. Aunque tengo mala gracia
para llorar, pues parezco
león dentro de la jaula,
esta vez he de regar
con mis lágrimas las tablas.
- TODOS. Animo, y principie usted.
- ORTEGA. Público de toda mi alma:
la graciosa, enfurecida
porque fuera la dejaban

- de la presente función,
la hizo pedazos...
- MUÑOZ. *(De soldado, desde el patio.)*
Que vayan
por otra; que hace hora y media
que estoy hecho una fantasma;
y sin que vea la comedia
no voy al cuerpo de guardia.
- TIBURCIO. Señor militar, paciencia.
- ORTEGA. Señor soldado, cachaza,
y esperarse.
- MUÑOZ. Que no quiero.
- IBÁÑEZ. De soldados y de majas
no es pagada con dinero
la cortedad con que hablan.
- MUÑOZ. Mire usted, señor vejete;
diga usted a esa madama,
de mi parte, que es usted
un majadero de a marca.
- HERM. *(Al otro lado, sentado en un banco,
vestido de payo.)*
Digo, compadre comico.
- ORTEGA. Diga, compadre polainas.
- HERM. ¿Hay junción o no hay junción?
- ORTEGA. Amigo; por más que haga,
por hoy no es posible.
- HERM. ¡Toma!
Está buena la chanada
de haber pagado yo el banco
y salir con que no hay nada.
- MUÑOZ. Comedia o morir.
- HERM. Lo mismo
digo yo que el camarada.
- VALDIVIA. Señor payo, si no hay otra...
- IBÁÑEZ. Si no hay otra, señor guardia...
- HERM. Mas que hagan cualquiera cosa,
porque yo he dado mi plata;
y, así, quiero ver y oír
todo cuanto ustedes hagan.
- MUÑOZ. Comedia, comedia, pronto.
- ORTEGA. Si no hay ninguna estudiada.
- RODRIGO. *(De tuno, en un asiento.)*
Oiga usted, seor comediante:
ya me está doliendo el alma
de esperar en este asiento
sin tomar una fumada.

- Al avío; una comedia
que me dé golpe, ¡canastas!,
que ya me voy enfadando.
- ORTEGA. Haráse una miscelánea.
- RODRIGO. Haga usted, ¡so mascarón
de urca!, lo que le manda
un hombre de forma. Cuenta
que tengo yo a mi Tomasa
en la cazuela, y le ha dado
ahora mismito la gana
de ver comedia. ¡Churrús!
Ya lo dije; y Santas Pascuas.
- MUÑOZ. Comedia, y buena.
- HERM. Comedia.
Y mire usted; que se haga
aquella, aquella... Ya sé:
adonde mata la dama
a todo el mundo.
- ORTEGA. Las señas
que me da usted son bien claras.
- TODOS. Función, y buena.
- IBÁÑEZ. No es fácil
de repente ejecutarla.
- FERMÍN. *(De vieja en la cazuela.)*
Pues, señor mío, que sea;
que hay aquí una embarazada,
y por fuerza quiere ver
la función que mencionaba
hoy el cartel.
- ORTEGA. No es posible.
- FERMÍN. Pues es preciso. No nazca
el inocente muchacho
con la comedia estampada
en medio de la barriga.
- TIBURCIO. Pues, abuela, que malpara;
y, supuesto que esta clueca,
que del gallinero salga.
- HERM. Señor; que hagan cualquier cosa.
¿Habrá gente más machaca?
- RODRIGO. Sobre que estoy ya atufado
de mirarle a usted la cara
de perro mastín. ¿Me hace
usted la concomitancia
de hacernos una comedia?
- ORTEGA. No se puede, en dos palabras.

- RODRIGO. Pues a bien que usted algún día
irá a la Viña.
- ORTEGA. ¡Zarzas!;
que si me voy a bañar,
me tirará una pedrada.
¿Qué hacemos?
- VALDIVIA. Que cante usted
la tonadilla de marras.
- RODRIGO. Mire usted; si canta usted
le pego fuego a la casa.
- TODOS. Comedia.
- VALDIVIA. Que el auditorio
grita.
- ORTEGA. Mas que griten, Paca;
que acá otras veces gritamos
y no oye ni una palabra.
- IBÁÑEZ. También es bueno, señores,
que todos los palcos callan.
- MUÑOZ. A veces es porque en ellos
no se suele ver un alma.
- ORTEGA. ¿Y ustedes han de hablar solos?
- MANUELA. (*En un palco.*)
También de los palcos claman
que la función prometida
y en las esquinas fijada,
se ejecute. Qué, ¿no hay más
que alquilemos cualquier dama
la silla para venir,
y hallarnos después burladas?
- ORTEGA. Pero, señora, por Dios.
- FERMÍN. Dice bien doña Escofaina.
- MUÑOZ. Y cómo que ha dicho bien.
- HERM. El Evangelio en substancia.
Ustedes habían de ver
que lo pide una madama
con tres arrobas de harina,
muy compuesta y emplumada.
- TODOS. Función buena. Fuera, fuera.
- TIBURCIO. ¡Si un torozón os ahogara!...
- ORTEGA. ¡Que me vea sonrojado
por una loca! Me aspara
si no le dijese que era...

(*Sale VICENTA por el patio, a caballo*)

VICENTA. Quedo con esas palabras;

pues ha llegado ya el fin
de todas vuestras bravatas.

ORTEGA. ¿Qué miro? ¿Sueño o deliro?
¿Qué haces ahí, buena alhaja?

VALDIVIA. El diablo de la fachenda...

IBÁÑEZ. Ésta es la mosca que ara.

TIBURCIO. Yo me voy a la platea,
para ver en lo que para. (*Vase.*)

VICENTA. A espacito y buena ietra,
dice un adagio; cachaza.
Boquigrande sotautor,
cuya reluciente calva
es un plato de natillas,
por lo lisa y jaspeada;
y vosotros, turba infiel
de comicales fantasmas,
atended a mis acentos,
escuchad las bocanadas
que este corazón furioso
por el aire desparrama.
Yo soy la Vicenta, yo.
¿Qué me miráis, africanas?
Yo soy aquella que nunca
habló sería una palabra.
Pues ¿cómo, si soy yo misma,
habéis tenido la audacia
de haber dispuesto comedia
sin que mi sal la salara?
¿No sabéis que sin graciosa
es el teatro una plasta?
¿Ignoráis que, cuando lloro,
se ríen a carcajadas;
al paso que, a vuestro llanto,
son todos unas estatuas?
Pues ¿cómo, si esto sabéis,
me habéis dejado plantada
y ejecutáis la función
sin la Vicenta? ¡Canallas!
Este agravio está pidiendo
la más sangrienta venganza.
Y así, armada de un lanzón,
del morrión y de la espada,
os desafío, os provocho
y os reto a campal batalla.
Salid todos, o salid
como os diere la regana,

que a todos o a cada uno
os espero en la estacada
desde el día de la fecha
hasta el domingo de Pascua.
Salid, traidores; y tú,
so narices de tenaza,
boca de serón de esparto,
sal el primero a campaña,
y verás cómo el ombligo
te paso de una lanzada.
Y en prueba de que yo soy
capaz de tan gran hazaña,
voy a subir al teatro
a poneros una maza,
para que digan las viejas,
loros, cotorras y urracas,
desde Cádiz a Medina
y desde el Puerto a Chiclana,
que sois unos estafermos,
puercos, sucios y panarras.
Esto he dicho y esto digo;
mi lengua no se retracta;
salid al campo, cobardes;
salid, viles; y al que salga,
mientras que logro matarle,
idos todos noramala. (*Vase.*)

ORTEGA. Aguárdate, picotera.
LOS OTROS. Espera, desvergonzada.
FERMÍN. ¡Bien haya tu boca, amén!
¡Quién te diera en esa cara
una docena de besos!
Si es un dije esa muchacha.
HERM. ¡Oiga usted, el de la peluca!
ORTEGA. ¿Qué quiere usted?
HERM. ¿Esta madama
ha rompido la comedia?
ORTEGA. Sí, señor.
HERM. Tiene tal gracia,
que aunque le rompiera a usted
en cuatro partes la calva,
no se me diera ni esto.
ORTEGA. Lo estimo, señor polainas.
RODRIGO. Vaya, díganos; la gente,
cuando está la circunstancia
mal puesta, como ahora a usted
le sucede, *verbi gratia*,

- tira siempre a quedar bien;
 si quiere usted una compañía,
 iré yo, para en cayendo,
 arrastrarlo por las patas.
- ORTEGA. ¡Viva usted cuatro mil años!
 Vaya; si todos me halagan.
- IBÁÑEZ. Es vergüenza que mujeres
 que atarse saben las naguas,
 hayan sufrido este ultraje.
- VALDIVIA. Diera un brazo por pillarla.
- (Sale la VICENTA con una navaja y corre tras de todos)
- VICENTA. Pues aquí está la Vicenta,
 ¡cobardetes!
- TODOS. ¡Que nos mata!
- HERM. Allá va mi cachiporra.
- RODRIGO. ¡Vivan las mozas de chapa!
 (Los de fuera):
 ¡A ellos, Vicenta!
 (Los de dentro, de rodillas):
 ¡Perdón!
- VICENTA. Sí perdonaré, canallas,
 como hagáis pleito homenaje,
 sobre esta misma navaja,
 de que nunca habéis de hacer
 función sin mi personaza.
- TODOS. Sí juramos.
- VICENTA. Pues con eso,
 aquí paz y después gracias,
 (Los de adentro y fuera):
 ¡Viva la Vicenta; viva!
- VICENTA. A todos les doy las gracias.
- ORTEGA. Vaya, señores, al caso.
 Ved que el tiempo se nos pasa.
 ¿Se va la gente o hacemos
 algo con que contentarla?
- HERM. Si hay función, allá voy yo.
- RODRIGO. Pues yo también entro en danza.
- FERMÍN. Fermín también.
- MUÑOZ. Y Muñoz.
- MANUELA. También la segunda dama.
- ORTEGA. ¿Cómo es esto? Yo estoy tonto.
- IBÁÑEZ. ¿Habrá mayores guitarras?
 Miren ustedes quién eran
 los cinco que nos gritaban.

TODOS. Vaya, ved qué se dispone.

(Sale TIBURCIO y saca en la mano como una comedia)

TIBURCIO. La función que antes se echaba.

TODOS. ¿Cómo, di?

TIBURCIO. Un apasionado
que en un asiento se hallaba,
mirando lo que ha pasado
partió al instante a su casa
por una copia, que acaso
tenía; y ahora acaba
de traerla al vestuario,
por que supla a la que falta.

ORTEGA. ¡Cuánto estimo su favor!

Dale, en viéndole, mil gracias.

VICENTA. Pues si hay comedia, adiós, chuscos
mosqueteritos del alma;
que yo, para despedirme
de todos cuantos me amparan,
gustosa diré: ¡que viva
ciudad tan noble y bizarra!

HERM. Y todos repetiremos
entre festiva algazara:

TODOS. ¡Que siempre gloriosa viva
ciudad tan noble y bizarra!